

ceses, que habian sido los autores del 14 de Julio.

Ultimamente la guardia nacional no tenia ni los mismos gefes, ni la misma organizacion, ni el mismo celo que el dia 6 de octubre de 1789. Ya hemos visto que el estado mayor habia sido constituido nuevamente y que una multitud de ciudadanos se habian disgustado del servicio, quedando los restantes intimidados por el furor del populacho. Se hallaba pues la guardia nacional, como todos los cuerpos del estado, compuesta de una nueva generacion revolucionaria, y estaba dividida, como la Francia entera, en constitucionales y republicanos. Todó el batallon del barrio de las Monjas de Sto. Tomas, y una parte del de Petits-Pères (los minimos) estaban decididos por el rey y los demas eran indiferentes ó enemigos. Sobre todo los artilleros, que componian la fuerza principal, eran republicanos decididos; y como las fatigas propias de esta arma habian alejado de ellos á los vecinos acomodados, solo eran dueños de los cañones los cerrageros y los herreros, que todos ellos participaban de los mismos sentimientos del pueblo.

Asi solo podia contar el rey con ochocientos ó novecientos Suizos y poco mas de un batallon de la guardia nacional.

Ya se acordará el lector que despues de la retirada de Lafayette, alternaba el mando de la

guardia nacional entre los gefes de legion, y aquel dia le habia tocado al comandante Mandat <sup>4</sup> que era un antiguo militar, mal visto de la corte por sus opiniones constitucionales, pero que inspiraba una entera confianza, por su firmeza, sus luces y el exacto cumplimiento de sus deberes. Hallándose Mandat de general en gefe durante aquella noche fatal, habia tomado apresuradamente las únicas disposiciones posibles.

Ya el piso de la gran galeria que reune el Louvre con las Tullerias se habia cortado en una estension conveniente para impedir el paso á los sitiadores, y asi no pensó Mandat en proteger aquella ala del palacio llamando toda su atencion el lado de los patios y del jardin. Eran muy pocos los guardias nacionales que se habian reunido, y como no se completaban los batallones, se iban individualmente los mas celosos al palacio, en donde Mandat les habia regimentado y distribuido juntamente con los Suizos, en los patios, el jardin y las habitaciones. Habia colocado un cañon en el patio de los Suizos, tres en el de enmedio y tres en el de los príncipes.

Por desgracia se habian confiado aquellas piezas á los artilleros de la guardia nacional, de manera que asi el enemigo se encontraba dentro de la plaza; pero los Suizos tan valientes como leales les observaban de cerca, y estaban prontos al pri-



mer movimiento á apoderarse de los cañones y echar á los mismos artilleros fuera de la cerca del palacio.

Ademas habia situado Mandat algunos puestos avanzados de gendarmería en la columnata del Louvre y en el ayuntamiento; pero como ya hemos dicho hace poco, aquella gendarmería estaba compuesta de antiguos guardias franceses.

Fuera de estos defensores del palacio, habia acudido tambien una multitud de antiguos servidores, que por su edad ó moderacion no habian podido emigrar, y se presentaban en el momento del peligro, unos para que les perdonasen el no haber ido á Coblenz, y otros para morir generosamente al lado de su príncipe. Todos ellos se habian provisto de pronto de las armas que pudieron encontrarse en el palacio, y asi llevaban sables viejos, pistolas atadas á la cintura con un pañuelo, y algunos se habian apoderado hasta de las paletas y tenazas de las chimeneas: de suerte que ni aun en aquel triste momento faltaron las chanzonetas en la corte, que debiera haber estado seria á lo menos por una vez. Aquella afluencia de personas inútiles, lejos de poder servir estorbaba á la guardia nacional, que se desconfiaba de ellas y no hacia mas que añadir nueva confusion á la mucha que ya habia.

Todos los miembros del directorio habian acu-

dido á palacio entre los que se encontraba el virtuoso duque de Larrochefoucauld; y el fiscal general Roederer, habiendo enviado á llamar tambien á Petion que llegó con dos oficiales municipales. Obligaron á este último á firmar la orden de rechazar la fuerza con la fuerza, y tuvo que hacerlo por no aparecer cómplice de los insurgentes. Se habian regocijado mucho de tenerle dentro de palacio como una prenda de seguridad, que era querida del pueblo; mas advertida la asamblea de este designio, le llamó á la barra por medio de un decreto, y aunque al rey le aconsejaban que le retuviese, no quiso hacerlo y asi salió de las Tullerías sin ningun obstáculo.

Una vez obtenida la orden de rechazar la fuerza con la fuerza, se abrieron diferentes dictámenes sobre el modo de ponerla en ejecucion, y no faltaron proyectos bien insensatos que ocurrian en momento tan peligroso. Hubo entre ellos uno bastante atrevido y que probablemente hubiera salido bien, cual fué el de prevenir el ataque disipando á los insurgentes que todavía no eran muy numerosos, y que con los Marselleses formaban á lo mas una masa de algunos miles de hombres. En efecto, no estaba todavía reunido el barrio de San Marcelo; Santerre dudaba en el de San Antonio, y solo Danton y los Marselleses se habian atrevido á reunirse en los franciscanos, y aguar-



daban con impaciencia en el puente de San Miguel la llegada de los demas sitiadores.

Una salida vigorosa hubiera podido disiparlos, y en aquel momento de incertidumbre, cualquier movimiento de terror hubiera infaliblemente impedido la insurreccion. Otro plan mas seguro y legal habia propuesto Mandat, que era el de esperar la marcha de los arrabales y atacarles en dos puntos decisivos luego que estuviesen en movimiento. Por decontado queria que cuando los unos desembocasen á la plaza del ayuntamiento por el arco de San Juan, se les cargase repentinamente, haciéndose lo mismo en el Louvre contra los que viniesen por el puente nuevo y el muelle de las Tullerías. Para este efecto habia mandado á la gendarmería que estaba en la columnata, que dejase desfilar á los insurgentes y los cargase por retaguardia, al mismo tiempo que los gendarmas que estaban en el Carrousel, caerian sobre ellos por los póstigos del Louvre y los atacarian de frente. Era casi seguro el éxito de semejante plan, y ya los comandantes de los diferentes puestos, y particularmente el del ayuntamiento habian recibido de Mandat las órdenes necesarias.

Ya hemos visto que acababa de formarse una nueva municipalidad en el ayuntamiento, siendo Danton y Manuel los únicos miembros de la an-

tigua que se habian conservado. Mas como hubo que mostrar la orden de Mandat á aquella municipalidad insurreccional, le intimó esta inmediatamente que compareciese en la casa de la ciudad. Llevaron la intimacion al palacio, donde se ignoraba la composicion del nuevo ayuntamiento, y aunque Mandat dudaba de obedecerla, todos los que le rodeaban y los miembros mismos del departamento, ignorando lo que habia pasado, y creyendo que todavía no era tiempo de quebrantar la ley con una desobediencia abierta, le instaron á obedecer. Decidióse Mandat, y entregando á su hijo que estaba con él en palacio la orden de rechazar la fuerza con la fuerza firmada por Pétion se fué á la municipalidad. Eran entonces cerca de las cuatro de la mañana, y apenas hubo llegado cuando se halló sorprendido de encontrar una autoridad nueva. Le rodean al instante y le preguntan acerca de la orden que habia dado y en seguida le dicen que se retire; mas al despedirle hizo un gesto muy significativo el presidente, cuyo gesto era una señal de muerte. Efectivamente apenas hubo salido el desgraciado comandante cuando se apoderan de él y le disparan un pistoletazo. Al instante le despojan de sus vestidos, y no encontrando la orden que él habia entregado á su hijo, arrojan su cadáver al rio, á donde tantos otros iban muy pronto á seguirle.



Este sangriento suceso paralizó todos los medios de defensa del palacio, destruyó toda unidad, é impidió la ejecucion del plan concertado. Mas sin embargo no estaba todo perdido todavía y la insurreccion no se hallaba enteramente formada. Despues de haber esperado con impaciencia los Marselleses al barrio de San Antonio, que no acababa de llegar, se persuadieron á que se habia malogrado la jornada; pero poniendo Westermann la espada al pecho de Santerre le habia obligado á marchar. Entonces los arrabales iban sucesivamente llegando, unos por la calle de San Honorato, otros por el puente nuevo, el puente real y los póstigos del Louvre. Marchaban los Marselleses al frente de las columnas con los confederados Bretones y habian apuntado su artillería contra el palacio. Es de advertir que al gran número de insurgentes, que se iba engrosando á cada instante, se habia reunido una multitud de curiosos, de suerte que el enemigo parecia mucho mas considerable de lo que era realmente. Entretanto que se dirigia al palacio, habia acudido Santerre al ayuntamiento para hacerse nombrar comandante en gefe de la guardia nacional, y Westermann se habia quedado en el campo de batalla para dirigir á los sitiadores. Reinaba pues por todas partes una confusion extraordinaria, á punto de que Petion, que segun el plan concertado, habia debi-

do ser guardado en su casa por una fuerza insurreccional, estaba esperando todavía la guardia que habia de poner su responsabilidad á cubierto con una coaccion aparente. El mismo envió á pedirla al ayuntamiento, y últimamente pusieron algunos centenares de hombres á su puerta para fingir que se hallaba en estado de arresto.

En aquel momento ya todo estaba cercado en palacio pues que los sitiadores se hallaban en la plaza, y á la luz del crepúsculo se les veía por entre las viejas puertas de los patios, y por las ventanas se descubria su artillería apuntada contra él, escuchándose sus gritos confusos y cánticos amenazadores. Habian pensado los de dentro volver al proyecto de prevenirlos, pero luego que se supo la muerte de Mandat, los ministros y el departamento fueron de dictámen de esperar el ataque para dejarse forzar dentro de los límites de la ley.

Acababa Roederer de recorrer las filas de aquella guarnicion, y de hacer á los Suizos y guardias nacionales proclama legal, que les prohibia atacar, pero que les autorizaba á rechazar la fuerza con la fuerza. Instaron al rey á que él mismo pasase revista á los servidores que se preparaban á defenderle; pero aquel desgraciado príncipe habia pasado toda la noche en escuchar los diferentes dictámenes que se cruzaban al rededor de él, y



en los pocos momentos de descanso habia orado al cielo por su real esposa, por sus hijos y por su hermana, que eran el principal objeto de sus temores. — Señor, le dijo la reina con energía, este es el momento de mostraros. — Se asegura que cogiendo una pistola del cinto del viejo Affry<sup>s</sup>, se la presentó animosamente al rey, y aunque los ojos de la princesa estaban hinchados de lágrimas, su frente aparecia orgullosa y las narizes abiertas de cólera y furor. El rey no temia nada por su persona, antes al contrario mostraba la mayor serenidad en aquel extremo peligro, pero estaba sumamente inquieto por su familia, y el dolor de verla tan espuesta habia alterado sus facciones; sin embargo se presentó con firmeza. Tenia puesto un vestido morado y su espadin conforme le tenia el dia anterior sin haberse siquiera podido peinar, de suerte que sus cabellos estaban desordenados. Al asomarse al balcon observó sin turbarse una artillería formidable que estaba asestada contra su casa, y su presencia excitó todavía algunos restos de entusiasmo, pues las gorras de los granaderos aparecieron inmediatamente elevadas sobre las puntas de los sables y bayonetas, y por última vez resonó en las bóvedas del palacio paternal el antiguo grito de *viva el rey*. Aquella vista reanimó el valor y acaloró los ánimos abatidos, dando lugar por un momento á la confianza. Entonces fué

cuando llegaron algunos nuevos batallones de la guardia nacional que habian tardado mas que los otros en formarse, y venian á obedecer la orden dada precedentemente por Mandat. Entraron al instante en que resonaban en el patio los gritos de viva el rey, y unos se reunieron á los que de este modo saludaban la presencia del monarca, mientras otros, que no eran del mismo dictámen, se creyeron en peligro, y acordándose de todas las fábulas populares que les habian contado, se figuraron que los iban á entregar á los *caballeros del puñal*. Por eso empezaron á gritar que el inicuo Mandat les habia vendido y excitaron una especie de tumulto. Los artilleros, imitando aquel ejemplo, tornaron las piezas contra la fachada del palacio y se armó una disputa con los batallones fieles. Se desarmó á los artilleros y entregándolos á un destacamento, dirigieron á los jardines á los que habian llegado nuevamente.

En aquel instante bajaba el rey la escalera, despues de haberse dejado ver en el balcon, para pasar la revista en los patios. Anuncióse su llegada, y cada cual se puso en su fila, que el fué recorriendo con sosegado continente, echando á todas unas miradas espresivas que penetraban los corazones. Dirigiéndose á los soldados, les dijo con voz serena que estaba muy agradecido á su celo, que él estaria á su lado, y que supiesen que